

de su grande obra, hablaba ya de una América unida por comunes intereses materiales y morales. En 1810, el chileno Juan Engaña insinuaba la misma idea como medio de defensa ante las posibles agresiones de Europa. Ocho años más tarde, en 1818, otro ilustre compatriota suyo, Bernardo O'Higgins, insistía en el mismo tema hablando de una confederación americana. En las instrucciones dadas a San Martín por el director Pueyrredón, se indicaba la convención de que se procurase la venida de delegados de otras naciones de América para celebrar en Buenos Aires un congreso de carácter americano. En 1823 Bernardo Monteagudo dió a luz en Quito su famosa memoria sobre federación americana, y unos años antes el centroamericano José Cecilio del Valle había publicado un estudio análogo en que exponía, con clara visión, las fases económicas y políticas del problema. En los quince últimos años de su vida, Simón Bolívar dedicó gran parte de sus poderosas actividades políticas a la realización de tan hermoso ideal. Rivadavia, Martínez de Rosas y

otros muchos hombres conspicuos, con puntos de vista muy semejantes, se pronunciaron en igual sentido.

Tomando en consideración los argumentos que anteceden y otros muchos, no menos valiosos, que podrían aducirse, fácil es comprender que otra, y no el 14 de abril, debe ser la fecha elegida para *día panamericano*. De acuerdo con un espíritu de justicia y contemplando los diferentes aspectos del asunto, la elección debería hacerse espigando en la obra panamericana realizada por los pueblos que fueron progenitores de la idea. Posiblemente el día más indicado sería aquel que señalara el primer esfuerzo concreto realizado en tal sentido; la primera reunión de plenipotenciarios congregados para resolver ese problema. De tal guisa, sin que esto implique pronunciamiento de nuestra parte, la fecha de elección que llenaría mejor las condiciones requeridas, sería el 22 de junio de 1826, en que celebró su primera sesión pública el Congreso de Panamá.

Del homenaje a Rupert Brooke

Discurso del Sr. Dr. don Francisco Castillo Nájera, Ministro de México en los Países Bajos.

Un triple obstáculo hace imposible el buen desempeño de mi encomienda: lo excelso del asunto, la aristocracia intelectual del auditorio y la distinción de aquellos a quienes represento.

Por obra del azar, soy el intérprete del comité mexicano; honra tan grande no se compadece con mi pequeñez. Me ruborizo al pensar que hablo en nombre de mis ilustres compatriotas: González Martínez, uno de los más preclaros simbolistas de habla castellana, traductor de Rodenbach, Verhaeren y Maeterlinck, a los que dedicó varias conferencias, en 1917, y un libro: *Tres Grandes Poetas Belgas*, en 1918.

José J. Tablada, vecino a la sesentena y siempre joven, aparece en las antologías que se suceden, porque su talento y su arte le han permitido renovarse sin perder su originalidad.

Rafael López, cantor eminentemente mexicano, modernista a principios de siglo, que inició un movimiento equivalente al que en Bélgica encabezaron Ruyters, Vandepuute y Rency.

Genaro Estrada que, con igual éxito, cultiva la historia, la crítica, la novela y la poesía.

José de J. Núñez y Domínguez, flamante académico de la lengua, convertido al clasicismo, después de haber cosechado en los vergeles simbólicos y neo-románticos.

Alfonso Reyes que es, en la América Latina, un erudito comentador de los clásicos y al mismo tiempo el más idóneo representante de las tendencias de Mallarmé, de Valéry y de Claudel.

Jiménez Rueda, uno de nuestros más eximios dramaturgos, y Orozco Muñoz, ingenuo como un primitivo, cuyas obras salientes son las expresiones de su amor para este noble país: *La Bélgica Mar-*

tir y Bélgica en la Paz, la primera traducida al francés con el título de *La Belgique Violée*.

Estos esbozos os harán comprender mi desconfianza en la interpretación.

En cuanto a quienes me escuchan, nada temo, sé que su benevolencia iguala a su elevación.

Confundir en un homenaje único el que se tributa a un poeta y el que se dedica a la Poesía inmortal, es una concepción de las que sólo germinan en el jardín azul donde florecen las rosas del ensueño, salpicadas con polen de los astros y regadas con las linfas del ideal más puro: en el espíritu de los poetas.

Gesto que es dulce y es consalador. Cuando la época parece monopolizada por el utilitarismo que lo invade todo, cuando los escépticos y los hostigados por la anarquía espiritual dudan o niegan las posibilidades de una vida mejor, endulzada por las mieles del amor universal, un acto como éste es de una significación inmensa y el presenciarlo nos produce una sensación de euforia y de aliento.

Porque es gota de luz que en la tiniebla canta el preludio de una aurora próxima a reventar en floración que cubra el cielo todo. Una chispa es no más, pero si se encumbra se extenderá en incendio. Vena que apenas fluye, se trocará en torrente.

Los poetas patentizan que aún tiemblan en la entraña de los hombres los retoños del Bien y de la Belleza. Y, con su aguda penetración de visionarios, profetizan un porvenir triunfante, un futuro de alteza, de paz y bienhechora calma. Seguros de la realización de sus visiones, de que habrá de cuajarse su esperanza, hacen fundir un

bronce, en forma de poeta, que exhiba en material sustancia el vigor de su fe. De esa fe instintiva en los mágicos videntes. Ya sueña la teoría en los tiempos futuros, cuando los reverentes peregrinos lleguen hasta la isla de Teseo a postrarse ante el poeta y la Poesía Inmortal, cuyo doble monumento, doble y uno, pregone, bajo el azul zafiro de los cielos, frente al azul turquesa de los mares, el ideal que plasmó la fe de los creyentes de hoy y que será, en esos días de gloria y de ventura, realizada conquista permanente.

¿Y Brooke? Feliz él, pasó por el mundo regando los lirios y violetas de sus cantos. Cruzó, bello, juvenil y fuerte. Su espíritu inquieto escrutó los enigmas de las almas y el misterio de las cosas. Dialogó con el mar y con la noche.

Cayó nimbado entre fulgores de epepeya. Su vida fue fugaz y luminosa como la deslumbrante vibración de un meteoro.

Al recibir el beso de la muerte, quedó unguido por la admiración de la posteridad.

Verhaeren, el lírico mas grande de la poesía contemporánea, al dejar, sobre el recuerdo del bardo rubio, la corona bronceada de su canto, le dio el bautismo de la inmortalidad.

¿Brooke? Feliz él que se ha trocado en símbolo. Eucaristía en el comulgatorio de la poesía universal.

Como Byron fue hermoso y amigo de los viajes. Como Byron tuvo la visión de Bélgica antes de partir para hundirse en la eternidad, besado por el cielo de la Hélade, de cuya libertad ambos fueron paladines.

Más que Byron, refuerza los vínculos poéticos de tres naciones: Grecia, Inglaterra, Bélgica.

Grecia, la divina madre de la Belleza pura; Grecia, manantial eterno del arte. Albión que, con Sheakespeare, Milton, Shelley, Keats, Swinburne, Tennyson, Rosetti y tantos y tantos más, es antorcha deslumbrante cuyos fulgores se reflejan en extranjeras líricas.

Y Bélgica, que a no tener otros, tendría bastante con Ruusbroec, Guido de Gezelle, Rodenbach, Verhaeren, Van Lemberg y Maeterlinck, para ceñir la inmortal aureola de la gloria poética.

Y mientras el mar griego, divinamente azul, resucita en sus ritmos el cantar de las sirenas y mece el sueño del poeta, saludemos la estatua que, muy en breve, señalará el santuario en el que las futuras generaciones, al depositar su ofrenda ante la Poesía Inmortal, consagrarán un recuerdo de gratitud y de simpatía a quienes hoy, palpitan de fe y trémulos de esperanza, cultivan, en sus corazones, un amor infinito por todo lo que es grande, por todo lo que es bello.

Y para que el poeta-símbolo reciba un saludo en mi lengua maternal, doy término a mi encargo, con la traducción, que me he permitido hacer, de un hermoso poema de Vanderborcht: